



FRANCIS SCHAEFFER

# los caminos de la juventud hoy

la nueva super-espiritualidad



**LITERATURA EVANGELICA**  
la juventud, hoy



FRANCIS A. SCHAEFFER

Otras obras del

Dr. Francis A. Schaeffer en castellano

Los caminos de  
la juventud, hoy

**Los caminos de  
la juventud, hoy**



**Otras obras del**

---

**Dr. Francis A. Schaeffer en castellano**

*Huyendo de la razón*

*Dios está ahí*

*25 Estudios Bíblicos Básicos*

*La Iglesia al Final del Siglo XX* - DE PROXIMA APARICION

*Muerte en la ciudad* - DE PROXIMA APARICION

**EDICIONES EVANGELICAS EUROPEAS**



**FRANCIS A. SCHAEFFER**

# Los caminos de la juventud, hoy

(LA NUEVA SUPER-ESPIRITUALIDAD)



**EDICIONES EVANGELICAS EUROPEAS**  
Barcelona - 1972



PROLOGO  
INDICE

Prólogo . . . . . 9

I . . . . . 11

1. — Corrientes recientes en la cultura se-  
cular . . . . . 12

2. — El nuevo burgués . . . . . 19

3. — Misticismo trascendente . . . . . 21

II . . . . . 25

4. — Tendencias recientes dentro de la co-  
munidad cristiana . . . . . 25

5. — El nuevo pentecostalismo . . . . . 30

6. — Los llamados «hijos de Dios» . . . . . 33

7. — La nueva super-espiritualidad . . . . . 36

8. — Una respuesta cristiana a la super-espi-  
ritualidad . . . . . 43



## PROLOGO

Los tiempos cambian. En breves años hemos visto surgir, y decaer, la llamada «Nueva izquierda» y su optimismo político, la creciente inclinación estudiantil a las drogas, el nacimiento del denominado «Pueblo de Jesús» —o «Gente de Jesús» (Jesus people)— y toda suerte de movimientos de los más variados matices y colores.

Las consideraciones de orden sociológico suelen ser efímeras. La situación se halla en proceso de cambio, ya en el mismo instante en que el observador todavía está contemplándola. Sin embargo, a pesar de que el cuadro pueda mudar rápidamente de nuevo, es necesario detenerse para examinar y para empezar a reflexionar con el objeto de poder evaluar la época en que vivimos. Así, el Dr. Schaeffer escribió *La Iglesia al final del siglo XX<sup>1</sup>* y también «The church before the Watching World». La obra que ahora el lector tiene en sus manos quiere ser una ampliación de algunas de las cosas dichas en ambos libros, especialmente en el primero, y muy concretamente el capítulo II del mismo.

En este pequeño volumen, el Dr. Schaeffer analiza algunos de los más recientes cambios en el mundo de la cultura juvenil, con énfasis especial en el desarrollo gradual de lo que él llama «el nuevo burgués» y el retorno a una espiritualidad de claro signo platónico. Seguidamente, el autor sugiere cuál debiera ser la respuesta cristiana.



Las preguntas que solían hacer los estudiantes, y la gente que piensa en general, hace muy pocos años, eran del tenor de las siguientes: ¿Son razonables las cosas que tienen que ver con la religión? ¿Tiene uno que suicidarse intelectualmente para ser cristiano? ¿Ha contribuido en algo el cristianismo al progreso de la sociedad?

Entre los estudiantes cristianos se formulaban las siguientes cuestiones: ¿Qué podemos hacer para que el cristianismo halle cabida en la cultura contemporánea? ¿Cómo conseguir que mi vida religiosa sea relevante para la sociedad?

No obstante, algo ha pasado en los últimos años; algo está ocurriendo incluso en el breve periodo de los primeros meses de 1972. En muchos países —visitados por mí, personalmente, o por otros miembros de L'Abri—, los problemas que preocupan hoy ya no son los mismos que eran tema de discusión hace poco tiempo. Las cuestiones que se debaten actualmente han cambiado radicalmente.

¿Qué significa esto? ¿Cambia nuestra propia respuesta, en tanto que cristianos, al esfuerzo de relacionar nuestro cristianismo con todos los demás órdenes de la existencia en que nos movemos y vivimos?



## 1. — Corrientes recientes en la cultura secular

En primer lugar, es necesario comprender el lado secular de la cultura contemporánea. Y aquí hemos de volver, por lo menos brevemente, a algunas de las consideraciones hechas en mi libro *La Iglesia al final del siglo XX*. Ahora bien, a partir de la situación descrita allí, se han producido algunas evoluciones; remito al lector al capítulo II de dicha obra para proceder luego al examen de los progresos de algunas corrientes.

Les parecía evidente a los estudiantes de la primera mitad de la década de los sesenta, que estábamos viviendo en un mundo post-cristiano. Los universitarios de Berkeley —en Estados Unidos— gritaban que la nuestra era «una cultura de plástico»; esto ocurría en 1964. La generación anterior —la llamada «generación *beat*»— lo había sugerido, pero ahora todo el mundo estaba convencido de ello. Cuando los estudiantes volvían a casa, hacían preguntas a sus padres que solamente obtenían respuestas superficiales: ¿Por qué tenemos que estudiar tanto y tan duro en la universidad? Para capacitarte con el fin de ganar mucho dinero. Pero —insistían los chicos—, ¿y por qué tengo que querer ganar dinero? Para que tú, a tu vez —era la respuesta— puedas mandar a tus chicos a la universidad. Los únicos valores que esa juventud contempló en sus padres eran, generalmente, la búsqueda de la tranquilidad personal y la abundancia de bienes materiales. Con razón, la gente joven pronto se cansó de todo ello.

Los cristianos debieran haberse alegrado al oír lo que estos estudiantes decían. En realidad, debieran de haber sido ellos los que dijeran las cosas que afirmaban los universitarios en aquel entonces. Porque la juventud aquella había puesto el dedo en



la llaga y comprendía bien cuál era la verdadera naturaleza de la sociedad en medio de la cual vivían.

Pero ¿qué iban a decir los «cristianos»? Por un lado, la mayoría de grandes cuerpos eclesiásticos se hallaban controlados por la teología liberal la cual no tiene nada que ver con el cristianismo. Y, por otro lado, la misma cultura se había vuelto totalmente secular.

Pocos años antes, uno podía haber dicho que, mientras la mayoría de individuos no eran cristianos, existía, por lo menos, un consenso basado en la memoria del verdadero cristianismo cuya imagen flotaba en el recuerdo. Los hombres todavía creían que había una verdad y aunque los no cristianos no tenían ninguna base real para tal creencia, por lo menos constituía el ideal hacia el cual se aspiraba. Pero, en la década de los sesenta todo esto se había perdido ya, en gran parte. Nos encontrábamos en el mundo post-cristiano. Ahora, la generación presente ya no cree que exista una verdad absoluta.

Sin embargo, la generación anterior no se dio cuenta del cambio de mentalidad sino hasta aquel momento en que los jóvenes se levantaron y exclamaron: «¡Vivimos en una cultura de plástico!»

Una de las razones por las que yo me sentía cerca de cuantos decían esto, estriba en que yo hubiera deseado que la Iglesia —y aquí me refiero a las iglesias bíblicas— lo hubiera dicho mucho antes. Pero nuestras comunidades evangélicas también se han tornado de plástico en muchos aspectos y son muy pocas las voces que de ellas salen.

Un segundo factor que hemos de tomar en consideración al contemplar los recientes cambios, es el que se ha dado en denominar «la mayoría silenciosa». Esta mayoría silenciosa, sin lugar a dudas, puede todavía elegir a quien quiera. Como he seña-



lado en otras partes, la mayoría silenciosa se divide en dos partes: una minoría y una mayoría (dentro de la mayoría). Los políticos que desean salir elegidos tienen que ser suficientemente hábiles para atraerse a ambos grupos.

*La minoría* dentro de la mayoría silenciosa, o bien está compuesta de cristianos (y, por consiguiente, de personas que creen en valores absolutos sobre los que basan sus acciones y sus juicios), o bien se trata de individuos que todavía conservan, cuando menos, algún recuerdo del cristianismo y todavía creen en absolutos, aunque las bases que, consciente o inconscientemente, tengan para los mismos sean inadecuadas.

*La mayoría* dentro de esta mayoría silenciosa la constituyen quienes viven realmente en un mundo post-cristiano. Tal vez vayan a la iglesia algunos de ellos, pero en su mente ya no quedan valores absolutos y sólo se preocupan realmente por dos cosas: la comodidad personal y la opulencia. Por comodidad personal no hemos de entender la paz y la serenidad del espíritu, sino más bien aquella actitud que se expresa en estos términos: «A mí, déjenme tranquilo; no me vengán con problemas. Tan sólo quiero que me dejen tranquilo, en paz.» Viene luego el frenesí de la opulencia: «Quiero tener un *Cadillac*. Y después otro coche; con dos automóviles, estaré mejor servido yo y los de mi casa. O tal vez tres coches sería mejor.... Luego, hemos de procurar un yate, o tal vez dos. ¡Ah!, y un chalet lujoso, cuanto más lujoso mejor; con piscina, o quizá con dos piscinas....» La filosofía de la vida de esta mayoría consiste en el principio de que cuanto más se consigue de todo, mucho mejor.

Así, en la mayor parte de los componentes de la mayoría silenciosa, lo que encontramos no es un materialismo teórico, sino un materialismo práctico.



Cuando los más jóvenes protestan y denuncian «Esto es una civilización de plástico; es fea, no tiene alma», nosotros, los cristianos, hemos de corroborar tal aserto y afirmar: «Tenéis razón. Toda la razón. Las respuestas que luego tratáis de ofrecer pueden ser equivocadas; es posible que ni siquiera sepáis de soluciones pero, desgraciadamente, vuestra crítica es correcta.»

Vino luego la moda de entregarse a las drogas. Los *beats* no se dieron a la droga en la medida en que lo han hecho los *hippies*. A partir de 1964, la droga se ha convertido en el santo y seña de buen número de juventudes en varias latitudes.

La base filosófica para la afición a las drogas la aportó Aldous Huxley. Dado que, para el racionalista, la razón ya no es capaz de conducirnos a ninguna parte,<sup>2</sup> Huxley sugiere que busquemos alguna clase de «experiencia final» que pueda ser producida a voluntad y que no nos haga esperar demasiado. La cuestión de las drogas fue, al comienzo, una ideología; una ideología con importantes consecuencias prácticas. Aquí, en nuestro centro de L'Abri, hemos llorado la tragedia de muchos jóvenes que acudían a nosotros después de haber hecho estallar sus mentes. Muchos de ellos —como Alan Watts, Gary Snyder, Alan Ginsberg y Timothy Leary— pensaron que si uno puede ponerlo todo «patas arriba» se obtendrá una respuesta a los anhelos del hombre. No fue sólo de algunos extravagantes la idea de que si al agua se le añadían drogas y toda una ciudad pudiera ser trastornada, entonces amanecería un nuevo día en el que los «cerdos» y los muchachos, y todos los habitantes, se levantarían adornadas sus cabezas con flores. En aquellos primeros días se trataba, pues, de un concepto ideológico de carácter optimista.

El primer evento tuvo lugar en Altamount, California, en donde los *Rolling Stones* montaron un fes-



tival y alquilaron los *Hell's Angels* («Los ángeles del infierno») por unos barriles de cerveza para que vigilaran el lugar. Pero en lugar de vigilar, los *Hell's Angels* comenzaron a matar a la gente sin ninguna causa, por puro capricho. Fue algo trágico. Con todo, muchos pensaron que se trataba de algo excepcional que no volvería a ocurrir. Fue un mal momento lo acaecido en California. Pero tuvo que repetirse la tragedia para que despertaran muchos a la realidad.

Al llegar a este punto, tenemos que hacer dos reflexiones. En primer lugar, nos damos cuenta de que el análisis que de la cultura hicieron los jóvenes era correcto, y en segundo lugar, comprobamos que entonces ellos se imaginaban tener una respuesta al problema. Hasta Woodstock (1969), la juventud era optimista con su concepto acerca de las drogas entendidas como la respuesta ideológica al problema que se planteaba. El deseo de profundizar en la vida comunitaria y en la camaradería fue el impulso inicial de Woodstock; y esto no era malo, por supuesto, sino todo lo contrario. Dios nos ha hecho a su propia imagen y quiere de nosotros que aprendamos a vivir en una fuerte y estrecha relación horizontal los unos con los otros. Si bien es verdad que el cristianismo apela —y se aplica— al individuo, también lo es que no puede definirse en términos individualistas. Dios nos ha hecho para vivir en comunidad. En realidad, existen dos clases de ortodoxia: una ortodoxia de la doctrina y otra ortodoxia de la fraternidad; y ambas van juntas. Así que el anhelo de camaradería que había en Woodstock era algo bueno. Pero la senda elegida para realizarlo fue equivocada.

Después de Woodstock, dos acontecimientos «acabaron con la época de la inocencia», para usar la expresión de la revista de los *Rolling Stones*.



En la isla de Wight, se reunieron 450.000 personas y aquello fue totalmente repugnante. Un cierto número de amigos míos estaban allí y entre ellos un hombre estrechamente asociado con el mundo del *rock* que conoce bien a la directiva del festival. Todos ellos concuerdan en afirmar que la situación en la isla de Wight llegó a ser espantosa, por lo horrible y repugnante de la misma.

Se ha operado un cambio, después de estos dos festivales *rock*. No es que los jóvenes hayan dejado de tomar drogas; más bien, ocurre lo contrario, y muchos más se entregan a su uso. Lo que pueda ocurrir en el futuro es ciertamente imprevisible. Yo sé que, en muchos lugares, California por ejemplo, las drogas se distribuyen en las escuelas y en los institutos sin discriminación de edades, hasta el extremo de que llegan a niños que sólo tienen once o doce años. No obstante, hoy, la droga ya no es considerada como una expresión filosófica como lo fue en el pasado. Entre los adolescentes sirve más bien como acicate por ser cosa prohibida; es el atractivo de lo «tabú». Ocurre algo parecido a lo que sucede también con la sexualidad permisiva. Uno tiene que dormir con cierto número de chicos —o chicas— o no es *in*, no vive a la moda, no se comporta como los demás y como éstos esperan de él o de ella. Del mismo modo, uno tiene que probar cierta clase de droga o no es *in*. En todo ello, ya no queda nada de la ideología optimista del principio. Más bien es el tributo que hay que pagar a la moda.

El conjunto musical *The Beatles* sirve de ejemplo. Al comienzo era un grupo *rock*. Luego se aficionaron a las drogas y lo expresaron en canciones como *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Cuando las drogas no consiguieron darles lo que ellos esperaban, cuando vieron lo que pasaba en Haight-Ashbury, se volvieron a los sonidos psicodélicos de *Straw-*



*berry Fields* y luego se entregaron a las experiencias de las religiones orientales. Pero nada de esto les fue bien y acabaron su carrera como grupo en *The Yellow Submarine* («El submarino amarillo»). Cuando hicieron esta película, algunos dijeron: «*Los Beatles* vuelven otra vez a ser lo que fueron.» Pero, por supuesto, éste no fue el caso. Se trató, realmente, del final triste de su búsqueda ideológica como grupo. Es interesante observar que Eric Segal, el hombre que escribió el guión del filme *The Yellow Submarine*, escribió después su famosa *Love Story*.

Mucho antes de la muerte de la ideología de la droga, un cierto número de jóvenes rompió con dicha filosofía y tomó otra dirección: así surgió la Nueva Izquierda y, generalmente, siguió la teoría política de Marcuse. Los de la Nueva Izquierda eran activistas políticos que buscaban una solución a la cultura de plástico por medio de la acción política. Sus raíces tendríamos que hallarlas en el *Free Speech Movement* de Berkeley, pero pronto los adherentes de la Nueva Izquierda se convirtieron en un movimiento totalitario, es decir: lo opuesto de lo que había sido su impulso inicial. La Nueva Izquierda enseña y practica que una élite debe gobernarlo todo y que la mayoría debe guardar silencio. Tal fue la ideología de muchos estudiantes que en 1968 ocuparon los edificios de la Universidad de Columbia en los Estados Unidos. Y lo mismo puede decirse de lo que ocurrió en Europa, en La Sorbona y en el Berlín occidental.

Pero así como la juventud se había dado cuenta de que la droga no le conducía a ninguna parte, así también se encontraron con que la Nueva Izquierda no les iba mejor. El nauseabundo espectáculo de la isla de Wight halló su paralelo en cuanto llevó a cabo el grupo de *The Weathermen*, una facción o extensión de la acción política consistente de la Nueva Izquier-



da. El *climax* se produjo con la explosión del edificio de Matemáticas de la Universidad de Wisconsin, en 1970. Lo que Altamount y la isla de Wight fueron para la ideología de la droga, este bombardeo lo fue para el activismo político de muchos militantes de la Nueva Izquierda. Antes, muchos estudiantes jugaban a la revolución y creían, utópicamente, que podrían tener una revolución agradable, grata incluso, con una violencia de juego, casi aparente.

Después del círculo recorrido por el *Free Speech Movement*, las drogas, la violencia y el activismo político de la Nueva Izquierda, la totalidad del movimiento contra cultural ha ido agonizando. Ni el activismo político ni las drogas no han podido ofrecer una alternativa válida a la cultura de plástico.

## 2. — El nuevo burgués

¿Cuál es, pues, el resultado del fracaso de estos dos movimientos sociológicos? Asistimos ahora al alumbramiento del nuevo burgués. Este burgués tiene un estilo de vida muy diferente del que tenía el antiguo. El nuevo burgués toma droga, es hedonista, y, por lo tanto, promiscuo en materia sexual. Pero es la misma: tanto el nuevo como el antiguo burgués viven solamente guiados por dos valores cardinales: la tranquilidad personal y la opulencia. Lo curioso del caso es que la joven generación ha dado un rodeo, ha recorrido un círculo penoso, arrancando del odio que experimentó al principio contra la cultura de plástico y contra la generación mayor anterior —cuyos valores aborreció, denigrando la tranquilidad burguesa y los bienes de consumo—, para llegar al punto en que está adoptando las mismas características y los mismos valores que tanto criticó, incluso a nivel mucho más bajo.



Los estudiantes de Berkeley que, en 1964, digamos, tenían 22 años, ahora tienen 30. Han recorrido el círculo y ahora, ¿qué es lo que quieren? En primer lugar, suficiente tranquilidad personal para practicar su nuevo estilo de vida, para poder consumir sus drogas y poderse dar a la más absoluta promiscuidad sexual. En segundo lugar, tener dinero más que suficiente para poder comprar suntuosas viviendas, chalets, comidas refinadas y toda suerte de lujos y comodidades. Incluso su pacifismo no es más que el deseo de que les dejen vivir su vida y nada tiene que ver con el principio pacifista. Sus anhelos no son mucho más nobles que los de sus padres cuando iban también a la búsqueda de la tranquilidad y la comodidad a cualquier precio.

La era del *Free Speech Movement* ha pasado y no hay señales de que vuelva otra vez. Los días del clamor apasionado por la libertad y los altos valores, en rebelión frente a una sociedad cuya cultura era definida como de plástico, han pasado también en gran medida. La voz de la Nueva Izquierda parece como si hubiese enmudecido. El deseo de alcanzar la tranquilidad personal a cualquier precio y el anhelo de opulencia han cortado el nervio del activismo que pudo haber producido cambios, aunque tal vez —hay que admitirlo— cambios en una línea equivocada.

En lo esencial, y por lo que se refiere a las realidades sociológicas del tiempo que nos ha tocado vivir, el nuevo burgués refuerza y establece los valores del viejo burgués. Desde luego, no se agradan el uno al otro; existen tensiones entre ambos y es de suponer que continuará habiéndolas en el futuro. Pero desde el punto de vista de los resultados sociológicos, no hay diferencia entre los dos.

El nuevo burgués no podía sentir menos preocupación por saber de dónde procede la riqueza. Poco le preocupa si quien paga las facturas es la sociedad



o sus padres. Incluso, muchos de ellos están dispuestos a trabajar desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, de lunes a viernes, siempre que ello les permita tener sus fines de semana para hacer cuanto les venga en gana. Tienen suficiente con estas perspectivas. Las visiones utópicas de Henry David Thoreau y Jean Jacques Rousseau han desaparecido totalmente.

Tengo la impresión de que un buen número de padres se sienten satisfechos al ver la nueva trayectoria de la juventud. «¿No es mejor así? —exclaman—. Lo *rock* ha pasado de moda y nuestros chicos se muestran más quietos, más tranquilos.» Pero estos padres no comprenden que *The Yellow Submarine* («El submarino amarillo») no es mejor y que *Love Story* no es mejor tampoco. Ambos no son más que la expresión elocuente de que hemos perdido toda esperanza de hallar sentido a la existencia.

### 3. — **Misticismo trascendente**

La muerte del optimismo asociado a los primeros tiempos de la droga, y el declive de la Nueva Izquierda, han dado lugar a otro factor crucial: un misticismo con pretensiones de trascendencia que toma formas diversas. Básicamente, lo que une a los varios movimientos místicos modernos es la negación de la razón. Se trata de un intento de hallar otra clase de «viaje», un «viaje» facilitado por algo que no sean las drogas. Algunas de las formas de este misticismo son completamente orientales, otras representan una extraña mezcla de mística y ocultismo, mientras que, en ocasiones, es algo completamente demoníaco. En realidad, significa una nueva religión para los jóvenes; pero se trata, en el fondo, de una amalgama de creencias muy parecida a la religión que los jóvenes rechazaron y que se les ofrecía en las iglesias



que abandonaron. Así como estas iglesias no dieron respuesta razonable a muchas de las preguntas de los jóvenes, así esta nueva forma de misticismo con pretensiones de trascendencia tampoco es capaz de dar ninguna respuesta razonable. No obstante, la juventud ahora se gloria en el nuevo misticismo como si se tratara de algo nuevo, recién descubierto y recién estrenado.

Con el rechazo de la razón, el misticismo trascendente, del mismo modo que las drogas, abre la puerta al ocultismo y a lo demoníaco. Sin categorías racionales, la simple palabra «Cristo» puede no significar nada o algo apenas distinto del vocablo *Krishna*. La pieza de George Harrison *My Sweet Lord* («Mi dulce Señor») puede parecer, al principio, que se refiere a Jesucristo, pero no es así. Por otra parte, ello tiene poca importancia para el nuevo misticismo ya que en esta clase de mentalidad religiosa Cristo y Krishna son simplemente dos palabras para expresar lo mismo. Jesús y Krishna son solamente dos de las mejores etapas, o grados, del césped, o, dicho de otra manera: «Mejor Jesús que nada.»

Otra respuesta religiosa, aunque no cristiana, a la muerte del mundo de las drogas y de la Nueva Izquierda es el horrendo comercialismo asociado con fenómenos tales como el *Jesucristo Superstar*. Representa la cima de la comercialización religiosa. La juventud que protestó, con razón, en contra de la cultura de plástico y de las iglesias de plástico, parece disfrutar ahora con pantalones, camisas, relojes y toda clase de objetos «marca Jesús». El comercio que se realiza con tales mercancías religiosas —cristianas y no cristianas— es nauseabundo. Pero, eso sí, constituye un gran negocio.

Tanto el nuevo burgués como cuantos se ven arrastrados por el misticismo a la moda actual, se han



vuelto tan pobres y tan de plástico, tan vacíos e insustanciales como los más formales de sus formales padres que suelen frecuentar las iglesias de teología liberal y las congregaciones-club. No es que una cosa sea peor que otra. Ambos son malas y repelentes.



#### 4. — Tendencias recientes dentro de la comunidad cristiana

Hasta aquí nos hemos ocupado de ciertas trayectorias que se han dado en el aspecto secular de la cultura. Vamos a ocuparnos ahora de lo que ha sucedido dentro de la comunidad cristiana. Creo que, en el ámbito cristiano, han tenido lugar la misma clase de fenómenos que hemos comprobado en la esfera no cristiana. Mucho de lo que es hoy el rumbo que toma lo considerado cristiano, tiene que verse no como algo independiente y original sino como otra de las muchas infiltraciones dentro de las comunidades cristianas de las corrientes prevalecientes dentro del consenso no cristiano que las rodea. Volvamos unos años atrás.

En las últimas décadas hemos tenido alrededor de doscientos o trescientos jóvenes en *L'Abri*, procedentes la mayoría de ellos de hogares cristianos (o, más concretamente: de círculos ortodoxos, es decir, que creen en la Biblia y se tienen por evangélicos o los tienen por fundamentalistas) de Inglaterra, Estados Unidos, Holanda, etc., y casi invariablemente nos han dicho: «Ustedes son nuestra única esperanza»; cuando no lo han dicho con estas mismas palabras, lo han expresado con otras que delataban el mismo sentimiento. Se trata de jóvenes estudiantes que proceden de iglesias que creen en la Biblia y tra-



tan de mantener la ortodoxia en la doctrina. No voy a referirme ahora a los muchos estudiantes que recibimos también procedentes de iglesias liberales, es decir: de teología modernista; constituyen un capítulo aparte con su propia problemática.

Muchos de los que vienen de iglesias ortodoxas en la doctrina, nos dicen: «Ustedes son nuestra única esperanza.» ¿Por qué dicen esto? Porque se les mandó creer sin ofrecerles al mismo tiempo las respuestas intelectuales adecuadas a las preguntas que ellos se hacían. Con una especie de kierkegaardianismo evangélico, sus padres —y la mayoría de sus pastores y ancianos— les daban unos golpecitos en la cabeza y les aconsejaban: «No hagas preguntas, querido, simplemente cree.» Se consideraba más espiritual creer sin formular preguntas que no planteándolas.

La segunda razón que explica la huida masiva de los jóvenes de las iglesias es que no veían ninguna belleza en ellas, y descubrían demasiadas inconsistencias. En muchos sentidos, la antigua generación no vivía a la altura de la ortodoxia que predicaba. Demasiado a menudo, no había mucho amor, ni excesiva preocupación por el prójimo y apenas si existía vida de comunidad auténtica.<sup>3</sup>

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué estas iglesias habían tomado una actitud anti-intelectual y eran impotentes para vivir las implicaciones de su ortodoxia? Creo que parte de la explicación se halla en el hecho de que dichas congregaciones han sido minadas con una gran dosis de pensamiento platónico. Este platonismo se ha manifestado de varias maneras. Quizá, la primera expresión del mismo se encuentra en la actitud que muchos evangélicos han adoptado con respecto al cuerpo. Todo lo que se refiere al sexo se convirtió en cosa prohibida. Uno no podía hablar de esto ni de aquello; una amplia gama de cosas eran



«tabú». Incluso era imposible tratar de ayudar a una pareja para que lograra gozarse sexualmente en su matrimonio. Se olvidaba que la Biblia no rebaja nunca lo sexual, ni denigra el placer que un hombre y una mujer puedan conseguir dentro de una relación fiel para toda la vida. El único límite que establece la Palabra de Dios es que dicha plena expresión sexual se dé dentro del matrimonio; en este ámbito concede el Señor un amplio margen de libertad para gozarse y amarse. Pues bien, todo esto era silenciado y, lo que es peor, denigrado. ¿Por qué? A causa del pensamiento platónico que desprecia todo lo que tiene que ver con el cuerpo. El cuerpo es sospechoso, sólo el alma es cosa buena.<sup>4</sup> Así, había solamente una tendencia a actuar como si lo único importante fuera la salvación del alma de un hombre y dentro de esta salvación su viaje al cielo. La persona, en esta perspectiva, desaparece. Sólo el alma es redimible y aun su valor se encuentra únicamente en el cielo y tiene muy poco que ver con nada de esta vida presente: el cuerpo, la inteligencia o la cultura son cosas desdeñables a las que no se debe prestar ninguna atención si de veras queremos ser «espirituales».

Recuerdo haber visitado la hermosa ciudad italiana de Florencia, hace algunos años, con un grupo de hermanos en la fe que reunía a cierto número de misioneros ocupados en la evangelización de Italia durante varios años. Muchos de ellos no habían visitado nunca antes los museos y, al término de nuestro recorrido, uno de los misioneros me dijo: «Usted es el primer hombre a quien considero un teólogo bíblico, ortodoxo, que me aconseja la búsqueda de la belleza en estas pinturas.» Habíamos estado delante de la obra de Botticelli *El nacimiento de Venus* y yo había exclamado: «¿Verdad que es hermosa?» Uno de mis acompañantes, extrañado, me



miró fijamente y me preguntó: «¿Qué es lo que usted encuentra bello en este cuadro?» ¿Cómo es posible —me pregunto— detenerse para contemplar *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, y no ver nada hermoso en esta obra de arte? Es duro tener que hablar claro, pero para responder a estas preguntas, tenemos que hacerlo. La contestación es muy simple ya que la actitud negativa con respecto al arte y al resto de la cultura han constituido un tremendo factor en el seno de la cristiandad evangélica y ortodoxa, y es fácil detectar sus orígenes.

Muchas gentes venían a *L'Abri* procedentes de estos ambientes fundamentalistas, que se rebelaban ante la negativa de sus dirigentes espirituales a darles respuestas para sus numerosas preguntas; gentes que se rebelaban contra la idea platónica de que el cuerpo era intrínsecamente malo y de que el intelecto y la cultura eran siempre sospechosas.

Uno de los factores que atraían a la juventud, hace diez o doce años, para venir a *L'Abri*, era que sabían que mientras por un lado nosotros enseñamos la Biblia y colocamos toda nuestra forma de pensar sobre una base bíblica, insistimos enfáticamente —y pedimos al Señor— que seamos ayudados en hacer ver que la inteligencia y la cultura son para el cristiano cosas que se hallan bajo el señorío de Cristo. O, para decirlo de otra manera, nosotros sostenemos que una vez somos cristianos, todas estas cosas no son sospechosas en sí mismas, aunque deben estar, eso sí, bajo el señorío de Cristo.

Otro elemento que alejaba a la juventud de los círculos evangélicos era la atmósfera excesivamente cargada de legalismo que se respiraba en ellos. Toda una gama de «tabús» se alzaba como un nuevo muro de separación que, de hecho, alejaba de la misma Palabra de Dios ya que nada tenía que ver con ella.



Lo que no había sido más que accidentes históricos que acompañaron al nacimiento de ciertos grupos, lo que no era más que costumbre del ambiente, o normas de la clase media, fue santificado y elevado a la misma altura que los absolutos bíblicos. El resultado fue que estos absolutos bíblicos fueron destruidos tanto entre los evangélicos como entre los liberales que afirmaban no existir tales absolutos.

Los estudiantes se agolpaban en *L'Abri*, venidos de muchos países. Las discusiones, una y otra vez, volvían a lo mismo: la integridad intelectual de la fe cristiana. Nosotros sabemos que la verdad cristiana es verdadera y sabemos algo de la belleza que, en todos los órdenes de la existencia, es capaz de producir. Sabemos que el cuerpo no es malo en sí mismo. Y sabemos que hay libertad dentro de los absolutos de la Escritura y bajo la dirección del Espíritu Santo. Estamos convencidos que las normas de la clase media no son iguales que los valores absolutos de la Biblia. De repente, muchos descubrieron la libertad de ser humanos y de ser ellos mismos auténtica y cristianamente.

Pero he aquí que incluso en la esfera cristiana la situación parece haber cambiado. Estamos asistiendo a la infiltración de las mismas fuerzas que hemos visto activas en el mundo no cristiano. El cariz de tal cambio resulta evidente, especialmente a partir de 1970. Y me pregunto si esta nueva mutación paralela a la evolución del mundo secular, no va a ser el campo de batalla en los próximos diez años.

Si lo analizo correctamente, creo darme cuenta de que nos hallamos en medio de otra lucha titánica. No acierto a encontrar un término mejor para esta nueva mentalidad que abarca dos grandes divisiones mayores: el nuevo pentecostalismo y, más generalmente, la nueva super-espiritualidad.



## 5. — El nuevo pentecostalismo

Nos hemos familiarizado con el movimiento pentecostal. En tanto que tal, nació en los comienzos de este siglo y no ha parado de crecer desde entonces. Creo que tendió demasiado a cometer el error de sobreenfatizar excesivamente el papel de los signos y las manifestaciones externas como *test —o pruebas— de la espiritualidad*. Uno era, a menudo, considerado como cristiano de segunda clase si no poseía estas señales externas. Mas una cosa muy positiva es que los antiguos pentecostales enseñaban, al mismo tiempo, un gran número de doctrinas cristianas básicas. El contenido doctrinal de la fe era el primer requisito, la primera prueba —o «test»— para la comunión y la admisión que exigía la iglesia. Había que profesar la doctrina correcta o, de lo contrario, uno no era aceptado en la asamblea o no le era permitido ser pastor de la misma. El antiguo pentecostalismo daba un énfasis tremendamente vigoroso al contenido de la Escritura y esto fue lo que constituyó una fuente dinámica para la evangelización; hecho puesto de manifiesto en países como los de la América Latina.

Eran gentes que creían realmente en el Evangelio; que tenían una alta estima por la doctrina; que sostenían un punto de vista muy elevado tocante a la Sagrada Escritura y que daban gran énfasis al Espíritu Santo. En estas condiciones, y en situaciones parecidas, Dios siempre ha usado a su pueblo a pesar de los errores que éste pueda cometer; todos cometemos errores. Si predicamos el Evangelio con claridad, si tenemos un alto concepto de la Escritura como Palabra de Dios y si damos al Espíritu Santo el reconocimiento adecuado, en oración ferviente, Dios nos usará, aunque hagamos fallos; y, lo repito,



ninguno de nosotros está libre de errores y equívocos.

Pero, con el nuevo pentecostalismo, asistimos al nacimiento de algo diferente. En general, este nuevo pentecostalismo pone todo su énfasis en los signos externos, en lugar de prestar atención al contenido, y convierte estas señales externas en la prueba, *el test de la comunión y la aceptación de la iglesia*. En otras palabras, con tal que uno tenga las señales, basta para ser aceptado, para ser tenido como uno «de los nuestros». Bastan las exteriorizaciones para ser considerado *in*.

La dificultad de esta postura estriba en el hecho evidente de que hay grupos unitarios y comunidades budistas en donde se producen exactamente los mismos signos externos. Aún más, una pretendida espiritualidad que tome tal sesgo, olvida que cualquier señal externa puede fácilmente ser copiada o falsificada por el diablo. La Biblia ofrece ejemplos de ello. Consecuentemente, cuando nos enfrentamos con esta situación, hemos de discernir que el nuevo pentecostalismo es muy diferente del antiguo. Sé de unos pentecostales que han pedido a cierto pastor, atraído por el nuevo pentecostalismo, que dejara su ministerio, ya que estaban comprobando con qué facilidad se entregaba al sincretismo y a un dudoso ecumenismo. Es decir, consideraban el problema desde el punto de vista de la pérdida de la fe bíblica. Lo que importa para los pentecostales tradicionales es la posición doctrinal, el contenido bíblico de la fe.

Es posible encontrar un paralelo entre los nuevos pentecostales y los liberales. Los teólogos liberales no creen en el contenido doctrinal, o en la verdad religiosa. Son existencialistas, en realidad, si usamos la terminología teológica. Por consiguiente, al no creer en *la* verdad, pueden fácilmente entrar en camaradería con cualquier otro grupo orientado en otro tipo



de experiencia. No hay absolutos; cualquier experiencia es interesante.

En el nuevo pentecostalismo se ha producido también una merma de contenido. En lugar de aceptar a una persona sobre la base de lo que cree —lo que ha sido siempre, la práctica cristiana— se la acepta sobre la base de esta pregunta: «¿Tiene usted manifestaciones externas? ¿Ha experimentado tal o cual señal....?»

Por el contrario, lo que durante siglos —desde el comienzo de la Historia de la Iglesia, y en la Reforma— fue considerado como suficientemente importante para producir diferencias, ahora se camufla bajo el tapete del compromiso. Es aquí donde aparecen las semejanzas con la posición liberal: la gente puede creer cosas opuestas y contradictorias en el terreno doctrinal, no importa; aunque dos creen cosas distintas, los dos pueden tener razón al mismo tiempo.

Simplemente, el contenido de la fe no importa, con tal de que se den señales externas y emociones religiosas.

Cuando consideramos a algunos de los jóvenes atrapados en el nuevo pentecostalismo, no podemos afirmar que muchos de ellos no sean cristianos. Estoy seguro de que, muchos de ellos lo son. Pero una cosa también es verdad: en dondequiera que los sigamos, nos sorprende el hecho de cuán escuálido es el contenido de su fe. Todo es experiencia, emoción (o mejor dicho: emocionalismo). Ahí está la base.

Hemos de proceder con cautela, desde luego, porque no vamos a decir que la fe cristiana ha de carecer de experiencia y emoción. Ambas cosas son necesarias. Pero ni la experiencia ni la emoción no han sido jamás las bases de la fe cristiana. La base para nuestra fe la constituye el hecho de que



ciertas cosas son verdad. Esto, desde luego, nos conducirá a una relación experimental con Dios, pero la base no es la experiencia sino el contenido de la misma. Este es, ciertamente, el enfoque del apóstol Pablo, el de Isaías y el de todos los profetas, así como el de Nuestro Señor Jesucristo mismo. Es el camino que nos traza toda la Escritura.

Pero cuando nos acercamos a estos jóvenes, cautivados por una nueva rama del cristianismo platónico, vemos que si les preguntamos cómo saben ellos que son cristianos, a menudo, casi siempre, hablan y responden únicamente apoyados en sus propias experiencias personales y sus emociones.

## 6. — Los llamados «hijos de Dios»

Existen otros grupos de cristianos de espiritualidad super-platónica, además del nuevo pentecostalismo. El grupo que mencionaré primeramente, tal vez no lo sea en el orden cronológico, pero es necesario que lo traiga a colación.

Me refiero al grupo «Los Hijos de Dios» y a otros similares. Nos topamos con una situación extraña. Es sorprendente. Todos recordamos el legalismo que invadió los círculos evangélicos y del que hemos dicho algo más arriba; estas normas extrabíblicas que uno tenía que guardar si no quería sentirse culpable. Normas que no eran dadas simplemente como consejos espirituales sino como «tabús», prohibiciones muy concretas y rígidas. Si alguien quebrantaba alguna de ellas, se sentía tan culpable como si se hubiera acostado con una chica —o un chico— o como si hubiera asesinado a alguien; hábitos, costumbres y normas que adquirirían el mismo valor que la Escritura. Muchos jóvenes huyeron de este legalismo, rebelándose airadamente contra él y fue solamente cuando en-



contraron la libertad cristiana dentro de los límites de la Escritura que gradualmente se serenaron y consiguieron fortalecer su relación con el Señor. Lo curioso es que algunos de los que se levantaron en contra del viejo legalismo se encuentran ahora con los «Hijos de Dios», y grupos afines, grupos con un legalismo muy superior y mucho más estricto y anti-bíblico del que jamás se vio en ninguna iglesia evangélica.

Ascetismo más que legalismo es la palabra que conviene aquí. Son como aquellos ermitaños extravagantes de la antigüedad que querían estar tan alejados del mundo que se sentaban sobre una columna —literalmente— y no bajaban de ella hasta que se morían. Así, se hacían la ilusión de estar realmente separados del mundo. Los «Hijos de Dios» y demás grupos parecidos, promulgan una especie de monasticismo muy parecido al que proliferó en la Edad Media, una forma de vida que no tiene nada que ver con el cristianismo bíblico, dado que niega prácticamente el señorío de Cristo sobre la totalidad del hombre y sobre la totalidad de la cultura. La idea consiste en creer que se puede hacer «espiritual» a la gente, encerrándola simplemente en una habitación o elevando unos muros suficientemente altos a su alrededor para negarles todo contacto con la gente de afuera. ¡Cuán distinto esto es del cristianismo bíblico! Jesús oró, no para que sus seguidores fueran quitados del mundo, sino preservados del maligno en el mundo. El crecimiento del monasticismo se debió a un concepto ascético basado en ideas platónicas que, de hecho, se hallan en pugna con la espiritualidad bíblica. En las Iglesias Evangélicas, si bien no hubo entrega al monasticismo, se desarrolló un factor parecido y así, en ciertas épocas, se pudo ver la erec-



ción de muros tremendamente altos los cuales tenían que ser respetados para poder ser considerado uno automáticamente «espiritual». Si no se cruzaban estas enormes murallas uno se hacía, y se conservaba, en el plano «espiritual».

Podemos observar el paralelismo que todo esto guarda con el curso seguido por ciertas evoluciones dentro del cristianismo en los últimos tiempos. Es dable comprobar cómo la juventud ha recorrido todo un círculo y, en ocasiones, lo ha hecho dentro de un plazo tan corto como el de seis años. Habiendo abandonado, primero, los estrechos confines de algunas iglesias y asambleas, y habiendo experimentado la libertad de una más plena forma de cristianismo, los jóvenes se han unido ahora a grupos tales como los «Hijos de Dios», que representan la mentalidad legalista en sus formas más extremas posibles. En estos grupos no está permitido ningún contacto con el mundo exterior. No está autorizado tener un empleo, escribir o visitar a los padres, ni leer otros libros que no sean la Biblia, y, por supuesto, está prohibido igualmente cualquier interés cultural. Los ancianos son los únicos que aprueban —o mejor dicho: que tienen que aprobar— todos los matrimonios de sus miembros. Estos ancianos —o dirigentes de tales grupos— suelen tener, a menudo, tan sólo de veintidós a veintitrés años. Se reniega de la autoridad paterna y se impone, al mismo tiempo, un yugo totalmente arbitrario e inhumano. Heorado, y he llorado, por estos muchachos, porque conozco a algunos de ellos y sé cuál ha sido su trayectoria: después de haber dejado las iglesias y las asambleas que se les antojaban legalistas han caído, y se han hundido, en algo infinitamente más legalístico y esclavizador.



## 7. — La nueva super-espiritualidad

Es fácil la identificación de los «Hijos de Dios», y grupos similares, y la comprobación específica de lo que anda mal en ellos.

Pero se da entre los mismos un fenómeno más general y sutil cuya identificación se hace más ardua. Si una persona enseña alguna doctrina errónea (por ejemplo: que Cristo no es divino, o que el nacimiento virginal es un mito, o que la resurrección física del Salvador no es un hecho histórico, etc.), es fácil detectarla. Porque, o bien se cree o no se cree en el nacimiento virginal de Jesús; se acepta el hecho de la resurrección del Crucificado o no se acepta. La cosa está clara. Pero cuando estudiamos la nueva super-espiritualidad, las claves para la identificación no son tan obvias. Sin embargo, nuestro deber es captar, hasta donde nos sea posible, lo que hay detrás de estas corrientes y hablar con claridad sobre ellas. Tenemos que hacerlo si, de hecho, la batalla va a librarse en este terreno dentro de los años de esta década. Y, si hablamos en contra del viejo platonismo evangélico, que no comprendía ni se interesaba en la relación del señorío de Cristo con los problemas culturales y la totalidad del hombre, tenemos, a ciencia cierta, que denunciar la nueva super-espiritualidad platónica con mayor razón, dado que ésta constituye una negación mucho más grave que aquélla del cristianismo plenamente bíblico.

¿Cuáles son, pues, sus características distintivas? No todas las personas asociadas, de alguna manera, con la super-espiritualidad son exactamente iguales, pero una cosa que tienen en común y que les delata es la incorrecta exégesis del pasaje bíblico que encontramos en 1.<sup>a</sup> Corintios, caps. 1 y 2.

Erróneamente, se leen estos capítulos como si la finalidad de los mismos fuera atacar la sabiduría



y la racionalidad y como si Pablo despreciara la mente. Todavía más, asistimos al resurgir de aquella opinión que ve en la manera de predicar de Pablo en Atenas un fracaso; se cree que Pablo cometió una grave equivocación en la Colina de Marte al hacer uso de su inteligencia (Hechos de los Apóstoles 17). Según esta interpretación, 1.<sup>a</sup> Corintios 1 y 2 demuestra que Pablo cambió de opinión en lo que se refiere al empleo de la razón. Pero esta manera de leer la Primera carta a los Corintios es equivocada; constituye un ejemplo de mala exégesis.

Cualquiera que tenga interés en hacer la exégesis correcta de este pasaje, debería consultar el librito de Ranald MaCaulay *The Folly of What We Preach* («La locura de lo que predicamos»).<sup>5</sup> Se trata de un sólido análisis de lo que Pablo enseñó en 1.<sup>a</sup> Corintios. Este pasaje constituye, en realidad, un rechazo del incipiente gnosticismo —que afirmaba la salvación por medio del conocimiento— y un claro mentís a la sabiduría mundana —humanística o racionalista—, en contraste con el conocimiento que Dios nos ha dado en su Revelación y que puede ser aprehendida por la mente. Pablo rechaza tanto el intelectualismo autónomo como la contemplación estéril. En otras palabras, lo que se trata de combatir aquí es la sabiduría humanística autónoma, como cosa opuesta a la Revelación divina. Este es el tema de 1.<sup>a</sup> Corintios 1 y 2.

Existe, por supuesto, el peligro de caer en un intelectualismo vanidoso. Pero también se da el peligro de carecer de amor y compasión por los hombres. Porque, efectivamente, es falta de amor y compasión el eludir la dura tarea de comprender los problemas del hombre sin intentar darles respuestas honestas. A lo largo de todo su ministerio, el apóstol Pablo habló a las gentes con amor y compasión; véase, por ejemplo, el estilo que emplea incluso en pasajes don-



de describe el pecado del mundo (Romanos, caps. <sup>1</sup> y 2). Seguía las pisadas del Maestro, quien siempre contestó con amabilidad y trató de dar respuesta a quienes sinceramente estaban envueltos en dudas y problemas.

Una segunda característica de la super-espiritualidad —basada, a menudo en una exégesis incorrecta de 1.<sup>a</sup> Corintios 1 y 2— es el desprecio que siente por la discusión y por cualquier tipo de apologética. Resulta extraño que unos jóvenes que, hace años, abandonaron sus iglesias porque sólo les ofrecían «textos-prueba» aislados y sin respuestas auténticas para sus inquietudes, hoy se hayan entregado otra vez a otros «textos pruebas» sin relación con el contexto y sin contestación verdadera para ninguno de los problemas reales de la juventud. Es como perseguir un fantasma, como dar palos en el aire. Nada hay nuevo bajo el sol; asistimos vez tras vez al mismo fenómeno, repetido en distintos escenarios. Lo vimos, con pesar, en algunas iglesias en el pasado y nos dolió mucho comprobar el daño que se hacía a muchas personas, mayormente jóvenes. Me decía a mí mismo: «Esto no es honesto.» No era honesto privar a los estudiantes de las razones de orden intelectual que existen para creer en la Revelación divina. No es honesto predicar que carece de espiritualidad el que formula preguntas. Pero he aquí que estamos metidos en un círculo —recorrido en unos pocos años— y, de nuevo, volvemos al principio de la irracionalidad como sinónimo de espiritualidad. Tan pronto como empezamos a discutir y a dar respuestas, se oye una voz repentina que exclama: «¡Esto no es espiritual!»

Abunda la idea de que cuando uno ofrece respuestas a problemas espirituales tiene que cambiar la voz. Es como algunos viejos predicadores que pensaban tener que hablar con otro tono de voz en el



púlpito que el que les era normal; su voz tenía que ser diferente cuando predicaban. Estos predicadores alejaron a la juventud de la iglesia. No obstante, todavía hay quien ni ora ni predica con su voz normal sino con otra prestada, «más santa», una voz especial. Pues bien, los mismos jóvenes que no toleraron ni esa «más santa predicación» ni la «más santa oración», pronunciadas con tonos de voz especiales, estos mismos jóvenes están orando y quieren predicar ahora con su especial «voz santa» y sus peculiares «tonos de santidad».

La característica de esta clase de «santidad» varía según los países. Por ejemplo, en Holanda, en 1947, la santidad del pastor solía ser definida por su vestido y su bicicleta. Vestía siempre pantalones a rayas y usaba una bicicleta que solía ser un poco más grande que las de las demás personas. Era fácil identificarle pedaleando por las calles. Los estudiantes que venían de Holanda decían: «¡Estamos hartos de tanta fachada inútil! ¡No lo soportamos más!» Pues bien, ahora, al cabo de unos pocos años, vemos y oímos a jóvenes holandeses vistiendo prendas «más espirituales», usando objetos como señales de mayor espiritualidad y orando y hablando de la religión en tonos afectados y con voces «santas».

Una tercera marca (que no hallamos, sin embargo, en todos los grupos) es el desprecio por el cuerpo. El ascetismo por amor al ascetismo mismo vuelve a resucitar en muchas partes. Nos acordamos de la fealdad, la tristeza, el tono sombrío de muchos hogares cristianos del pasado, de muchos círculos cristianos de antaño, en donde se enseñaba, bien explícita o implícitamente, que era más espiritual no gozar de los placeres del cuerpo en el matrimonio. Más espiritual si la pareja se abstenía del abrazo carnal.

No es que la Biblia no aconseje al marido y a la mujer ciertos períodos de abstinencia sexual para



poder entregarse más a la oración y al servicio; de lo que se trata aquí es del concepto que ve en el ascetismo un bien en sí mismo, algo santo, mientras que en el placer de los cuerpos disfrutado por los esposos ve algo pecaminoso —o menos santo— en sí mismo. Ahí está la actitud antibíblica.

Como consecuencia lógica, se sigue que quienes consideran el cuerpo desde un punto de vista solamente negativo, comienzan a restarle énfasis a la gloriosa doctrina de la resurrección de Cristo y, como secuela, a la de la resurrección de los cuerpos de los cristianos. ¿Para qué quieren los cuerpos? Se desprecia el cuerpo tanto como el intelecto.

Otra característica de la super-espiritualidad es el hecho de que ya no se planteen ciertas cuestiones. Ya no oigo preguntas de tipo cultural entre muchos de los jóvenes que han sido presa de estas nuevas corrientes. Ciertas cuestiones básicas parecen no preocuparles en absoluto. Hace tan sólo tres o cuatro años, solía oír entre los estudiantes preguntas que casi siempre giraban en torno al *significado* de las cosas en los distintos niveles culturales: ¿Qué significa esto en arte? ¿Qué significa en poesía?, ¿y en música?, ¿y en teatro? ¿Qué significa esto o aquello? Ahora podemos convivir durante muchos días con estos estudiantes sin escuchar una sola pregunta de esta clase. Si no preguntan sobre estos temas culturales, es porque no piensan en ellos. El señorío de Cristo sobre todos los órdenes de la cultura es algo que ya no les interesa; se les ha ido por los dedos.

Los círculos son paralelos: en el sector no cristiano, los estudiantes que odiaban el marco burgués de sus padres se han vuelto ahora ellos mismos radicalmente burgueses, son los nuevos burgueses; estudiantes que aborrecían el anti-intelectualismo de sus padres y de sus iglesias, ahora voluntariamente se han unido a las más estrictas, las más fanáticas, las más



legalistas, las más anti-intelectuales de las nuevas sectas. Y así tenemos que quienes despreciaron el anti-intelectualismo de sus padres ahora toman a Jesús como si creer en él estribara en hacer un viaje al limbo, sin conexión ninguna con la mente y con el resto de la totalidad de lo humano.

Todavía otra característica de la nueva super-espiritualidad: el énfasis en lo espectacular y en lo extraordinario y, juntamente con esto, una teología gobernada casi de manera exclusiva por la escatología. En los círculos evangélicos tanto de Inglaterra como de Estados Unidos, en los últimos diez o quince años, la escatología y la profecía fueron desvalorizadas; ocurrió así porque la generación anterior, y muchos de los padres de los jóvenes teólogos bíblicos, habían dado excesivo énfasis a lo escatológico, discutiendo sobre los más mínimos detalles escatológicos. En estos viejos círculos, era posible despachar a un hermano simplemente porque había movido levemente alguno de los escalones del programa profético formulado por una comunidad dada. Uno decía: «Esto ocurrirá en el siguiente orden de eventos: Uno, dos, tres, cuatro», y otro protestaba: «¡No! Ocurrirá así: Uno, dos, cuatro, tres.» ¡Y estallaba un conflicto teológico! La generación joven se sentía cansada de todo esto; como resultado, he podido comprobar el escaso interés por la profecía y la escatología en algunos de los seminarios teológicos que he visitado y en los que he dado conferencias. Pues bien, ahora, entre ciertos jóvenes, la profecía no es ya una parte de algo mucho más amplio: la teología bíblica; la escatología, la profecía, se ha convertido en el punto integrador de cualquier clase de teología que pueda caber en la cabeza de estos chicos. Ahora, la teología se resume casi a ser escatología. Se han perdido todas las proporciones; se ha roto la unidad de la Revelación bíblica.



Yo tengo mis propias opiniones en escatología, opiniones muy concretas y definidas, pero la escatología no constituye el punto integrador de mi teología. Creo, francamente, que la profecía es popular hoy porque vivimos en este momento de renovado interés en todo lo que sea espectacular y fantástico. Cuanto más extraordinario, mejor. Lo que importa es la emoción, la excitación incluso. Porque lo que se quiere son soluciones fáciles, rápidas. Tanto en el ámbito no cristiano como en el cristiano, se da un calidoscopio de modas rápida, y fugazmente, cambiantes. Lo que se busca es lo instantáneo.

En la consideración de todas las características enumeradas, hemos de tener en cuenta lo difícil que es siempre el trazar líneas de demarcación en los planos ético y religioso. A veces, en ambas esferas, resulta fácil dibujar las líneas de diferenciación. Si alguien niega que Jesús es Dios, niega la divinidad de Jesús. No se trata de un «sí» y un «no»; la cosa es evidente. Si el problema que se plantea es el de saber si un cristiano no ha dormido con una cristiana que no era su esposa, el dilema moral está también muy claro y el discernimiento es simple. O lo ha hecho o no lo ha hecho; si ha cometido esta infracción de la ley divina ha pecado; en caso contrario, convendría saber qué ha ocurrido. Pero la opción moral está ahí, en la Palabra de Dios, claramente indicada. No obstante, cuando hemos de estudiar las corrientes de la super-espiritualidad, se hace mucho más difícil el trazar distinciones. Por consiguiente, es posible que cometamos algunos errores de apreciación; hemos de ayudarnos todos, mutuamente, para permanecer dentro del control de la Sagrada Escritura y buscar la dirección del Espíritu Santo para no cometer equivocaciones graves.



## 8. — Una respuesta cristiana a la super-espiritualidad

¿Qué, pues, haremos los cristianos frente a esta tendencia hacia un nuevo platonismo? Nuestra respuesta no puede ser simple; debe ser formulada con cautela. Sin embargo, creo que hay cuatro principios que deberíamos tener en mente:

*Primero*, no hemos de olvidar «la marca del cristiano». <sup>6</sup> Hemos de estar plenamente convencidos en nuestras mentes y en nuestras emociones de que todos los que son verdaderos cristianos son realmente nuestros hermanos. El mundo tiene derecho a juzgar si somos o no cristianos por la manera como nosotros hacemos manifiesto el amor hacia *todos los verdaderos* cristianos y, por consiguiente, tiene que sacar sus conclusiones de las evidencias que demos de amarnos unos a otros. Todavía más, Cristo nos dice en Juan 17 que el mundo tiene derecho a juzgar si el Padre ha enviado al Hijo al mundo, sobre la base del amor que observe entre los verdaderos cristianos. Por consiguiente, no hemos de dividirnos en feas disensiones. Estamos, y actuamos, sobre lo que creemos ser cierto en esta materia, pero no queremos ser un factor de división sino de curación entre los verdaderos cristianos.

*Segundo*, al encararnos con la espiritualidad platónica, hemos de enfatizar el contenido, después el contenido y luego, todavía, el contenido. Este contenido debe basarse en la revelación dada por medio de proposiciones en la Escritura; todas nuestras libertades, bajo la dirección del Espíritu Santo, deben encuadrarse dentro de las formas delineadas por la Escritura. Hemos de enfatizar constantemente que *la base* de nuestra fe no es la experiencia ni la emoción, sino la verdad tal cual Dios nos la ha dado en forma verbal, en proposiciones de la Escritura, ver-



dad que, primero, aprehendemos con la mente y que luego debe comprometer a todo el ser.

*Tercero*, hemos de resistir la tendencia hacia la nueva super-espiritualidad, tan en boga hoy día. Así como necesitamos guardarnos tanto del nuevo como del viejo burgués —dado que ambos estarán dispuestos a vender la libertad por las lentejas de la comodidad y la opulencia— así también hemos de luchar contra aquellas formas de cristianismo que no tienen lugar para el señorío de Cristo en las esferas de la mente y la cultura y que son formas platónicas y no cristianas de espiritualidad. Por todo ello, hemos de denunciar igualmente la nueva super-espiritualidad. Y esto puede hacerse de varias maneras.

Hemos de ir con cuidado cuando aconsejamos a los jóvenes cristianos sobre la adoración, la oración y la vida de iglesia en comunidades locales. Porque si bien es verdad que existen grupos que, pese a énfasis exagerados en algún punto, no llegan a ser peligrosos, también lo es que el riesgo es enorme en otros. Solían existir comunidades que, desde hacía tiempo, ponían el énfasis —excesivo— en las emociones y no ofrecían suficientes respuestas para la inteligencia pero, con todo, no eran básicamente deficientes. En ellas era posible encontrar verdadera fraternidad cristiana. Pero, hoy, las dos corrientes del emocionalismo —la vieja corriente y la nueva— han resucitado y una refuerza a la otra. Determinar si una Iglesia es bíblica en la doctrina no resulta difícil; basta con preguntar al pastor, y a los miembros, si creen en ciertas verdades doctrinales. Si responden que no, ya sabemos que se trata de una iglesia que no es bíblica. Pero determinar si una comunidad es ortodoxa en lo que concierne a la fraternidad y camaradería espiritual es cosa mucho más difícil. Las líneas no están tan claramente trazadas. Y el problema de la nueva super-espiritualidad es todavía más



complicado. Pero tenemos el deber de advertir y aconsejar rectamente a los nuevos cristianos sobre la adoración.

Allí dondequiera que nos haya sido dada la responsabilidad de una iglesia, o un grupo, no podemos permitir que se introduzca, sin más, la nueva super-espiritualidad de signo platónico. Y esto es duro, porque no se nos ofrece una situación antiséptica al respecto. Si vamos a ayudar a la gente presa de las drogas, sabemos que los estupefacientes rondan por allí y que el ambiente no será antiséptico. Pero porque hemos corrido riesgos, docenas y docenas de jóvenes esclavizados a las drogas se han visto libres de ellas y ahora viven vidas cristianas. ¡Y ello es maravilloso! Es una señal de la bondad de Dios. De la misma manera, no podemos cortar a los estudiantes, y a cuantos se hallan ligados con la nueva super-espiritualidad, del ambiente en que se hallan sumergidos por una operación instantánea. Luchamos por las personas y nos arriesgamos por ellas; y pasamos noches enteras en oración a sabiendas que el contacto y la relación de ciertos ambientes no nos inmunizan, sino todo lo contrario. No podemos ayudar a la gente, a menos que abramos las puertas de par en par, y aquellos a quienes hemos estado hablando desesperadamente necesitan ayuda porque sostienen lo que la Biblia no sostiene y creen lo que la Biblia no enseña. Esto es verdad de los grupos platónicos en todas sus variadas formas dentro de la nueva super-espiritualidad. Hemos de ir en su ayuda. Pero, por otro lado, no podemos permitir que perjudiquen a otros. Con el ministerio ejercido en favor de los drogadictos, a veces tenemos que decirle a alguien: «Tú sabes que te amo, y te seguiré amando en el futuro, pero ahora deberías trasladarte porque lo que estás haciendo pone una piedra de tropiezo en el camino de otros que están intentando salir de esto. Sabes que



todos te queremos, y mucho; por consiguiente, comprenderás que nos duele todavía más tenerte que decir que te vayas.» En ocasiones, hemos de actuar parecidamente al tratar con los adictos a la nueva super-espiritualidad, quienes suelen propagar sus peculiares tendencias con la finalidad de traer a otros a la misma esclavitud en que se hallan ellos sumidos.

De hecho, es más difícil tener un *test* —una norma, una prueba— para esta clase de dolencia que para las drogas. Y, sin embargo, con amor debemos intentarlo, si no queremos ver a estos jóvenes entregados a un torpe legalismo o a una mentalidad platónica que reduce la fe a alguna forma de cristianismo truncado.

Más allá de todo esto, tenemos que tomar la iniciativa y proclamar que la inteligencia pertenece a Cristo, y que es todo el hombre el que tiene que ir a él. En otras palabras, si cuando hablamos no surgen las preguntas de signo cultural e intelectual, entonces hemos de suscitarlas nosotros. Hace diez o doce años, cuando daba conferencias en algunas iglesias evangélicas, y también en academias y universidades cristianas, y no cristianas, yo tenía que formular, a veces, las preguntas que no me formulaban los estudiantes. Esas conferencias llegaron a ser revolucionarias en el sentido de que despertaron nuevas inquietudes y dirigieron la atención de los jóvenes a cuestiones que tenían olvidadas, o a las que nunca antes habían prestado atención. Enfatizaba el aspecto cultural del cristianismo, el señorío de Cristo sobre todo el hombre y el señorío del hombre sobre la creación, cuando estos temas no surgían. Tenemos que hacer esto todos de nuevo. En nuestra enseñanza, en nuestra predicación, en nuestro testimonio, hemos de empezar a obrar así; exactamente como hemos de considerar al nuevo burgués y darnos cuenta de que lo que quiere es quitar la tierra de bajo de nues-



tros pies y lanzarnos en las manos de alguna élite, tal como quería el burgués de cuño viejo. Tenemos, pues, que enfatizar el señorío cultural e intelectual de Cristo a esta generación más joven, y hemos de hacerlo con mayor dedicación que lo hicimos en favor de sus padres.

*Cuarto*, y último, consejo: al hacer frente al desafío de la nueva super-espiritualidad, no debemos tomar reacciones extremas. Temo, sobre otra cosa, las reacciones extremas, radicales, sean del cariz que sean: temo el extremo emotivo, pero temo también el cargar las tintas en el énfasis cultural, tratando el cristianismo como si de un sistema se tratara. Desde luego, el cristianismo es un sistema, pero no es solamente un sistema. Dios está ahí, se mueve en medio de nosotros, y tenemos que asumir una relación viva con él. Digo esto porque, al precavernos de los excesos y errores de la nueva super-espiritualidad, corremos el riesgo de irnos al otro extremo y minimizar la obra del Espíritu Santo.

Es interesante observar cómo trabajan las herejías y cómo el diablo las utiliza. A guisa de ejemplo, supongamos que el cuerpo de doctrina cristiana se compone de los puntos 1 al 100. Ahora bien, hemos de darnos cuenta de que esta enseñanza cristiana no es algo simplemente dogmático, sino que llena las necesidades del hombre tal como ha sido creado por Dios y tal como es todavía ahora el ser humano después de la caída. De manera que, para que todo el hombre alcance la plenitud, tiene que ser enseñado en los puntos 1-100. Si uno estudia historia de la Iglesia, creo que descubrirá la manera cómo surgieron las herejías; más o menos así: Llega un momento en que la Iglesia abandona la predicación, o los predica escasa y débilmente, los puntos, digamos, 40 - 50. Desde luego, vivimos en un mundo caído y nadie de nosotros practica una forma perfectamente



equilibrada de cristianismo, pero hemos de ayudarnos unos a otros para lograr dicho equilibrio.

Digamos, pues, que los puntos 40-50 están siendo olvidados. Ocurren, entonces, dos cosas: Primero, la situación creada es antibíblica. Porque el verdadero cristianismo es un todo armónico en, y por medio de, todas sus partes. En segundo lugar: Satán arranca los puntos 40 - 50 del marco total de referencias teológicas de la Iglesia y anima a alguien para que enfatice estos puntos olvidados o subestimados. Este énfasis crea la herejía. Es decir: en lugar de situar los puntos 40-50 en la debida relación con el resto de la doctrina cristiana, estos puntos son echados por la borda o desconectados de la totalidad del sistema teológico. Al quedar fuera de su lugar propio, estos puntos se invierten y se corrompen.

Pero ¿cómo logra Satán realizar esta operación? ¿Por qué tiene éxito? Porque en el corazón y en la mente del ser humano existen unas necesidades específicas a las que los puntos 40-50 ofrecían respuesta adecuada. Los puntos 40-50 se necesitaban porque es todo el sistema cristiano el que se necesita para dar satisfacción al hombre. Así, pues, el problema del error y la verdad no es simplemente el de conseguir ofrecer el sistema cristiano correcto y verdadero sino el de dar satisfacción a las necesidades de todo el hombre tal como se encuentra en este mundo caído. Satán gana la batalla porque cuando la gente echa en falta los puntos 40-50, y discierne la debilidad de las comunidades que los han olvidado, entonces levanta a alguien que enfatizará, radicalizándolos, estos puntos y las gentes caerán en la trampa. Un grupo enfatiza los puntos 40-50, pero de manera extrema y desproporcionada, sin relación con la totalidad de la doctrina cristiana. Otro grupo, por el contrario, tiende a ver los peligros que resultan de sobreestimar los puntos 40-50 hasta convertirlos en herejía y,



como reacción, se toma una actitud totalmente opuesta y negativa. Para precavernos, predicán en este grupo los puntos 40-50 mucho menos de lo que lo hicieron cuando surgió la herejía. Obrán así para no ser confundidos con los extremistas, con los sectarios, para que nadie dude de su ortodoxia. Pero el hecho es que Satán pesca en las aguas de ambos ríos y obtiene victorias en los dos lugares.

La respuesta cristiana adecuada a tales enseñanzas equivocadas no es el evitar la doctrina sino el verla en su propia perspectiva dentro de la totalidad del marco cristiano de verdades reveladas. El verdadero cristiano, dentro de la fidelidad a la Escritura y bajo la dirección del Espíritu Santo tiene que restablecer el equilibrio propio, incluso en el caso de que ello diera apariencia, al principio, de que se acerca peligrosamente a la herejía. Cuando un grupo de creyentes empieza a sobreestimar el lado emocional del ser humano, o a obsesionarse casi de manera exclusiva con la acción del Espíritu, en menoscabo de la inteligencia y del pleno contenido de la Escritura, subestimando las responsabilidades culturales, el peligro estriba entonces en caer en el extremo de hablar menos y menos del Espíritu Santo por temor a que alguien nos confunda con el otro grupo. Por el contrario, el cristiano debiera tener el valor de decir todo lo que no ha sido suficientemente expuesto de los puntos 40 - 50 (sean cuales sean estos puntos), comenzando por situarlos dentro del lugar armónico que ocupan en la totalidad de la Revelación bíblica.

Hemos de actuar espiritualmente. Es lo que hemos intentado en *L'Abri*; no digo que hayamos tenido éxito, sólo afirmo que lo hemos intentado. Las bases reales de *L'Abri* son las series de charlas y conferencias que tenemos grabadas así como los libros publicados. Dios ha usado las grabaciones de *L'Abri* para iluminar a las inteligencias, pero de nada hu-



biera servido todo esto sin el énfasis en lo espiritual, sin la realidad de la oración. Cuando escribimos libros tratamos de mantener un equilibrio también, por difícil que ello pueda resultar, como lo es a veces en la misma comunidad de *L'Abri*. Por un lado, tenemos los títulos *Dios está ahí* y *Huyendo de la razón*, así como *He is there and he is not silent*; pero me complace que Edith escribiera *L'Abri*, porque juntamente con *Muerte en la ciudad* y *La marca del cristiano*, nos han ayudado a mantener un sano equilibrio. *Pollution and the death of man* giraba en torno a lo intelectual y práctico a la vez, pero luego *True spirituality* expresó lo que Cristo significa en la realidad de nuestras vidas personales.

¿Guardamos el equilibrio? Sé que no es posible alcanzarlo perfectamente. Pero, seriamente, ante el Señor, hemos de pedir ayuda y dirección. Creo que esto es lo que debemos hacer todos nosotros.

El cristianismo no es sólo algo intelectual, tampoco se limita a nuestra responsabilidad cultural. Ser cristiano significa haber nacido de nuevo sobre la base de la obra acabada de Cristo en la cruz, su muerte vicaria en el tiempo y en el espacio de la historia. El cristianismo es la realidad de la comunión con Dios en la vida presente; entraña la comprensión de que el Espíritu Santo mora en nosotros —los que hemos nacido de nuevo— y de que el poder del Espíritu nos es dado momento tras momento para toda necesidad y servicio. El cristianismo significa comprender que el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, tolerancia, benignidad, fe, etc. Es decir, el fruto del Espíritu debe ser algo *real* en nuestra vida como cristianos. Es también la comprensión de que la oración es igualmente algo real, no simplemente un ejercicio devocional. No hemos de reaccionar violentamente, con actitudes radicales, frente a la nueva super-espiritualidad platónica, sino que hemos de en-



fatizar de nuevo que Cristo es Señor sobre la totalidad del ser humano, no simplemente Señor del alma. El es Señor del intelecto y Señor del cuerpo. El quiere que afirmemos la vida, no que la neguemos. Tal es el ideal cristiano. Que el Señor nos conceda el equilibrio para nuestra vida que necesitamos y que nos ayude, por su gracia, a vivir, en este equilibrio.

## NOTAS

<sup>1</sup> De próxima aparición en castellano.

<sup>2</sup> Cf. *Huyendo de la razón*, por Francis A. Schaeffer y *La racionalidad de la revelación*, por Derek Bigg, ambos libros publicados por estas Ediciones Evangélicas Europeas.

<sup>3</sup> El autor se refiere al panorama anglosajón, en los últimos años. Por vía de contraste el crecimiento de la Cristianidad Evangélica en los países de habla hispana ha ido acompañado de un sentido de comunidad y compañerismo espirituales muy manifiesto. Las palabras del Dr. Schaeffer debieran servirnos de aviso y así nos curaríamos en salud. Las nuevas generaciones de evangélicos hispanoparlantes están tan expuestas a las corrientes disolventes como los jóvenes anglosajones o germanos. — (*Nota del traductor.*)

<sup>4</sup> Se da aquí un paralelismo con lo acaecido en los días en que nació la moderna ciencia experimental, cuando algunas iglesias persiguieron a Copérnico y a Galileo, no por causa de lo que la Biblia enseñaba, sino debido a que la enseñanza de Copérnico y Galileo contradecía el pensamiento aristotélico que controlaba a la Iglesia en aquel entonces.

<sup>5</sup> Publicado por *L'Abri Fellowship*.

<sup>6</sup> Cf. «La marca del cristiano», apéndice II del libro *La Iglesia al final del siglo XX*. Ediciones Evangélicas Europeas, 1972, Barcelona.